

FUNCIÓN ECONÓMICA DE LOS TEMPLOS ANATÓLICOS EN ÉPOCA HELENÍSTICO-ROMANA

ARMINDA LOZANO

Universidad Complutense de Madrid

RESUMEN

La autora lleva a cabo un análisis de la documentación relativa a la actividad económica de los templos del Asia Menor en época helenística y romana, estableciendo una clara diferencia entre los grandes dominios territoriales de los templos orientales y los dominios más modestos de los occidentales, más helenizados. Junto a la agricultura, se destacan las funciones comerciales de los templos orientales, situados en regiones poco urbanizadas, y la actividad bancaria de los templos occidentales. Por último, se revisan otros ingresos económicos y las partidas a las que se destinaban los gastos de los templos.

RÉSUMÉ

L'auteur effectue un analyse de la documentation relative à l'activité économique des temples de l'Asie Mineure à l'époque hellénistique et romaine, en établissant une claire différence entre les grands domaines territoriaux des temples orientaux et les domaines plus humbles des occidentaux, plus hellénisés. À côté de l'agriculture, on souligne la fonction commerciale des temples orientaux, situés dans des régions peu urbanisées, et l'activité bancaire des temples occidentaux. Finalement, on révisé d'autres rentrées économiques et les lots aux quels on destinait les dépenses.

La importancia del hecho religioso en la Antigüedad, algo a todas luces incuestionable, no constituye tan sólo una faceta del pensamiento y el comportamiento humanos, sino que tiene además un fuerte componente económico, cuya trascendencia vamos a intentar perfilar. Mi cometido ahora será, pues, mostrar o mejor, aislar, individualizar, los diferentes elementos en que se fundamentaba la pujanza económica de los centros religiosos, justificativos en buena medida de su fama e influencia dentro y a veces fuera del ámbito geográfico que nos ocupa. Por lo demás, es claro que la fortaleza resultante de la suma de las facetas mencionadas, la religiosa y la económica, fueron determinantes en la influencia política ejercida por algunos de los templos más renombrados.

Para el estudio de toda esta problemática, Anatolia es especialmente relevante. Como siempre que se la considera en su conjunto conviene

hacer una llamada de atención previa sobre sus características territoriales, culturales y políticas. Desde nuestro punto de mira, que no es otro que el mundo griego, presenta un claro contraste entre la parte helenizada, correspondiente a la franja costera minorasiática, asiento de ciudades griegas de larguísima tradición, y el interior, habitado por diferentes pueblos, donde continuaban vigentes las tradiciones propias, e intocados prácticamente por la influencia griega. Es así que Anatolia presenta por lo que a templos se refiere, ejemplos de las dos clases, es decir, aquellos que reproducen unas situaciones similares a las que pueden encontrarse en Grecia y que corresponden, claro está, a las ciudades griegas del litoral y otros cuyas condiciones son típicamente orientales.

Conviene tener presente, por lo demás, que el eje de la actividad política se había desplazado en la época helenística que nos ocupa de Grecia hacia el Próximo Oriente, sede de las grandes monarquías resultantes de la división del Imperio de Alejandro Magno. En Anatolia, los Seleúcidas, monarcas de carácter absoluto, eran los herederos de los Aqueménidas y, en calidad de tales, ejercían un poder ilimitado, siendo así que difícilmente podían tolerar en los territorios bajo su dominación la existencia de otros poderes diferentes de cualquier índole que éstos fueran. De todas formas, tanto Seleúcidas como Atálidas no tuvieron sino un dominio breve, cuando no meramente nominal sobre amplias zonas del antiguo imperio persa. Por lo demás, regiones enteras se independizaron bajo monarquías independientes, como el Ponto, Capadocia, Armenia o Bitinia. Todo ello tuvo su repercusión, como veremos, en la evolución de los distintos centros religiosos.

Los templos de una mayor riqueza e importancia eran sin duda los orientales. Las fuentes nos hablan de templos cuya autoridad y riqueza sobrevivió al paso de los siglos, de suerte que se mantenían más o menos intactos en la época que ahora tratamos de analizar. Los reyes mantuvieron hacia ellos actitudes diferentes pero que en cualquier caso deben incardinarse en el marco de ese poder absoluto del que hablábamos más arriba. No creo que pueda hablarse de una política uniforme en este terreno, pues cada rey actuó en cada momento como mejor le pareció teniendo en cuenta las circunstancias. Por tanto, la historia del poder de los templos es la historia de las relaciones entre el poder sagrado, o sea los sacerdotes, y el poder temporal, es decir, los reyes.

Antes de comenzar a analizar los datos sobre la cuestión, una consideración previa se impone y esta es la relativa a las fuentes. Tenemos una documentación relativamente abundante sobre los templos y cultos anatólicos, pero, en concreto para la época helenística, nuestra información es escasísima. El diferente grado de helenización explica también, en parte, las lagunas existentes en nuestra información.

De los escritores antiguos que tratan algo dicha problemática, destaca por su importancia Estrabón, insustituible en cualquier reconstrucción histórica de Anatolia central y oriental. Dada su pertenencia a una familia póntica relacionada con la administración cultural¹ y su propia procedencia- era oriundo de Amasia, la antigua capital del reino del Ponto-, tenía un conocimiento directo de dichas regiones, y de los templos enclavados en ellas, procedente de los mismos archivos, lo que transmite a su narración la cualidad de la fiabilidad. Así, la información que poseemos acerca de los grandes templos existentes en las zonas anatólicas del interior procede casi exclusivamente de él, si bien suele referirse a la situación de su tiempo. No obstante, constituyen los puntos de referencia obligados, casi tópicos por lo citados, si bien no pueden hacerse extensivos de una manera generalizada y automática a todos los templos. Tampoco sus datos deben magnificarse. Estrabón, sin embargo, no aporta datos equivalentes para los templos del Asia Menor occidental. Para estos casos contamos, no obstante, con una información epigráfica suficientemente generosa provista por las ciudades griegas, pero que tienen en su mayor parte una cronología posterior a la época helenística. De todos modos, lo que sabemos de los templos en la Antigüedad autoriza a efectuar ciertas extrapolaciones, pues, en efecto, su organización interna al menos permaneció inalterada a lo largo de los siglos. En cualquier caso, es necesaria la cautela y esa retroacción de los datos no puede hacerse de manera automática siempre.

La riqueza de los templos se fundamentaba en la posesión de tierra. Eran muchos los santuarios dispersos por la geografía anatólica que, según nuestras noticias, la poseían. La mayor concentración corresponde al Asia Menor occidental, hecho que se explica por dos razones básicas: la concentración de población en la zona costera, con la documentación epigráfica existente allí a diferencia del resto de Anatolia, y sobre todo por la distinta naturaleza de la propiedad sagrada entre las dos partes de Asia Menor. Los templos orientales son, efectivamente, menos numerosos pero sus propiedades eran mucho más extensas².

¹ Cf. Hogmann *RE* IV A 1 "Strabo" 78 s.

² La bibliografía sobre la cuestión es extensa y muy extendida en el tiempo. Por ello, sólo mencionaré las obras más significativas por la repercusión alcanzada por ellas en el estudio de esta problemática. W. M. Ramsay, *Cities and Bishoprics of Phygia*, I- II, Oxford 1895; H. Swoboda, art. "Kome" *RE* Supl. IV, 950 ss.; M. Rostovtzeff, *Historia social y económica del mundo helenístico*, I- II, Madrid 1967; T. R. S. Broughton, "Roman Asia Minor" en T. Frank, *An economic Survey of ancient Rome*, vol IV, pp. 457-950, Baltimore 1938; *idem*, "New Evidence on Temple Estate in Asia Minor", *Studies in honor of Allan Chester Johnson*, Princeton 1951, pp. 236 ss.; T. Zawadski, "Quelques remarques sur l'étendu et l'accroissement des domaines des grands temples en Asie Mineure", *Eos* 46, I, 1952-3, pp. 83-96; A. H. M. Jones, *The Cities of Eastern Roman Provinces*, Oxford 1937; *Idem*, *The Greek City from Alexander to Justinian*, Oxford 1940; D. Magie, *Roman Rule in Asia Minor*, Princeton 1950. Para una discusión sobre la posición adoptada por unos y otros respecto a la cuestión de las propiedades territoriales de los templos, cf. A. Lozano, *La esclavitud*

Ejemplos característicos del modelo de templo oriental lo proporcionan las dos Comana, una en Capadocia y otra en el Ponto, sobre cuyos dominios Estrabón habla de manera más precisa. Respecto a la primera³, menciona la existencia de dos clases de habitantes: unos, la mayoría, eran hierodulos o servidores del templo, propiedad del sacerdote; otros eran los Cataones, súbditos del rey, aunque sujetos en muchos aspectos al sacerdote. Eran éstos la población autóctona de aquel entorno, libres de condición, habitantes no sólo de Comana, descrita como polis, sino de las varias aldeas sagradas existentes en las propiedades del templo o *hiera chora*. Su obligación fundamental respecto al templo era la de pagar el impuesto, que formaba parte de los ingresos totales disfrutados por los sacerdotes. La diferencia entre hierodulos y Cataones está únicamente en su condición social y jurídica, por cuanto los primeros estaban atados al suelo y sujetos en todos los aspectos al poder sacerdotal. No puede decirse que fueran esclavos del templo estrictamente, sino únicamente pertenecientes al dios y dependientes, por tanto, del sacerdote, su representante en la tierra, que, sin embargo, no tenía autoridad para venderlos.

De la Comana póntica se puede hablar en términos similares⁴. Sus 6000 hierodulos explotaban las tierras del dios, dedicadas, al menos en parte, al cultivo de la vid. En estas mismas regiones se conocen otros templos de importancia algo menor. Así el de Zeus en Venasa (Capadocia)⁵. La cita estraboniana habla también de la posesión de una extensa *hiera chora* a cuyo servicio se encontraban 3000 hierodulos y que proporcionaba al sumo sacerdote un ingreso anual estimado en quince talentos, cifra relativamente modesta si se la compara con la obtenida por algunos particulares y que ha sido objeto, por ello, de distintos comentarios. Un número no explicitado por el geógrafo poseía también el templo de Ameria en el Ponto⁶, dedicado al dios minorasiático Men Pharnakou o Men de Farnaces, cuyo asentamiento se designa con el término de *komopolis* y al que se adscribe una situación similar a la de los templos anteriores. La situación del santuario póntico de Zela, dedicado a la diosa persa Anaitis, merece de Estrabón un comentario más amplio que nos permite conocer sus orígenes y evolución⁷. Fueron generales persas los que, tras realizar una notoria modificación del terreno, lo fundaron, probablemente en cumplimiento de un mandato real. Su

en *Asia Menor Helenística*, Oviedo 1980, pp. 139 ss.; una de las exposiciones más recientes sobre esta problemática con la cita de las aportaciones bibliográficas más sobresalientes es la de P. Debord, *Aspects sociaux et économiques de la vie religieuse dans l'Anatolie gréco-romaine*, Leiden 1982, pp. 127 ss.

³ Str. XII 2, 3 (p. 535)

⁴ Str. XII 3, 34 (p. 558)

⁵ Str. XII, 2, 6 (p. 537)

⁶ Str. XII 3, 31 (p. 556)

⁷ Str. XII 3, 37 (p. 559)

riqueza en la época de los reyes, es decir los períodos aqueménida y helenístico, era enorme, poseyendo además un gran número de hierodulos y vastas extensiones de tierras. Sus habitantes vivían en su mayoría en el asentamiento, denominado *polisma*, en torno al hieron. Tales características originales las mantuvo al menos hasta época de Pompeyo, momento en que Zela fue transformado en ciudad, si bien se conservó un sacerdote-dinasta que pasó a ser una de las piezas maestras en la reorganización territorial acometida por Antonio o quizá César. Siguió entonces controlando una importante población de hierodulos y las consiguientes tierras, pero su poder era ya meramente administrativo.

Otras regiones del interior anatólico contaban con templos de características similares a los citados. Podemos mencionar los cilicios de Castabala, la posterior Hierápolis⁸, sede de un culto a la autóctona Kybaba o Cibeles, propietaria de una serie de aldeas, y el más conocido de Olba⁹, consagrado al culto del dios Tarku o Tark, identificado con Zeus¹⁰. El siglo III marca el comienzo de su protagonismo político, parangonable al de otros dinastas cilicios¹¹, momento en que templo y región circundante, la Cilicia Traquea, estaban gobernados por una *dynasteia* o dinastía sacerdotal. Sus propiedades debían ser importantes a juzgar por los elevados ingresos que recibían. En todo caso, la relevancia económica del lugar queda oscurecida por el papel político de este principado sacerdotal, situado en una zona donde convergían los intereses de Lágidas y Seleúcidas¹². La condición de auténtico principado de Olba se afianzó todavía más en época romana cuando el sacerdote aparece designado como *basileus*, siempre en el marco de la política romana de organización político-administrativa y de regulación de la autoridad del clero en Asia Menor¹³.

Para Antioquía de Pisidia tenemos un testimonio de Estrabón, de acuerdo con el cual habrían existido allí dos santuarios dedicados a

⁸ Str. XII 2, 7

⁹ Str. XIV 5, 10

¹⁰ El núcleo urbano en torno al templo se fue incrementando progresivamente hasta alcanzar las dimensiones propias de una ciudad, en la que se convirtió en el s. I, ya como entidad independiente, bajo el nombre de Diocaesarea.

¹¹ La existencia de múltiples *tyrannoi* está demostrada por su cita en las fuentes, no sólo Estrabón, sino Arriano (*Mithrid.* 117) o Diodoro (XXXI 32 a) que hablan de personajes importantes en esa región en diferentes momentos de la época helenística.

¹² Cf. R. S. Bagnal, *The Administration of the Ptolemaic Possessions outside Egypt*, Leiden 1976, p. 114-5.

¹³ Tras la disgregación de la provincia de Cilicia en la época posterior a la muerte de Cesar, Olba por disposición de Antonio, estuvo gobernada por Aba, una hija de Zenófanes, jefe pirata, casada con un miembro de la antigua familia sacerdotal dirigente del templo. Estos y sus descendientes mantuvieron el poder del enclave durante décadas, ejerciéndolo de manera autónoma, como demuestran las acuñaciones hechas con su nombre. Cf. D. Magie, *Roman Rule in Asia Minor*, p. 433 s., 494 y 549.

Men, uno en las proximidades de la ciudad y otro en la chora. Adscribe a uno de los dos la posesión de un gran número (*plethos*) de hierodulos y una serie de pequeñas aldeas o *choria hiera*¹⁴.

De los grandes santuarios indígenas minorasiáticos que mantuvieron sus rasgos tradicionales como mínimo hasta época imperial, el más occidental era el de Pesinunte en Frigia, sede de un antiguo culto a la Gran Madre. La función económica de este templo como centro comercial resulta especialmente ilustrativa y justifica en buena medida la atención de que fue objeto por parte de los reyes helenísticos. En efecto, aparte de las consideraciones religiosas, la estratégica posición del templo frigio lo convertía en una base segura para el control del área centro-occidental de la península anatólica¹⁵. Las celebraciones cultuales desarrolladas allí dieron lugar a un enorme florecimiento de la actividad comercial -Estrabón lo califica de *emporion*- de forma que el lugar se convirtió en un importante centro de intercambio entre la costa egea y las regiones interiores del que el templo sacó grandes beneficios¹⁶. De hecho, y en conexión estrecha con la ya señalada intensidad del comercio, está la emisión monetaria de bronce, fechada en los s. II-I a. J., efectuada en Pesinunte y que constituye un caso único de acuñación sacerdotal¹⁷. Las monedas, con la leyenda *Metros Theon* y *Metros Theon Pessineas*, estaban destinadas a una circulación local, pero ilustran suficientemente no sólo la vitalidad económica del centro religioso sino la autoridad y prestigio de sus promotores¹⁸. Otros ingresos del templo procedían de la explotación de un *hieron chorion* y varios *topoi*, atestiguados epigráficamente en las postrimerías del período atálida¹⁹.

¹⁴ Str. XII 3, 31; 8, 14.

¹⁵ Estaba, en efecto, en la ruta caravanera que desde la costa egea se dirigía hacia el interior de Asia Menor, cuyos hitos más importantes eran Éfeso, Sardes, Satala, Pesinunte, Gordion, Ancyra, Zela, Comana pontica. Cf. el comentario de Livio, XXXVIII, 18, 11-13. Para todo ello, P. Debord, *Aspects sociaux et économiques de la vie religieuse dans l'Anatolie gréco-romaine*, Leiden 1982, p. 11 ss. Sobre el templo de Pesinunte, P. Lambrechts- J. Strubbe- M. Waelkens- G. Stoops, "Les fouilles de Pessinonte: le temple", *AC XII*, 1972, 156 ss.

¹⁶ Strab. XII 5, 3 señala que en su tiempo el prestigio del clero pesinuntino había disminuido mucho pero que se mantenía como *emporion*.

¹⁷ El caso de Olba citado más arriba (cf. n. 13) es algo distinto no sólo porque las acuñaciones son cronológicamente posteriores, sino porque ya para entonces las connotaciones religiosas, sacerdotales, del poder quedaban en un segundo plano respecto a las de tipo civil. No cabría de hecho hablar de estado sacerdotal sino más bien de principado autónomo, consentido por la autoridad romana y más o menos equiparable en cuanto a carácter y competencias a otros localizados en un área geográfica similar.

¹⁸ Señala R. Bogaert, *Banques et banquiers dans les cités grecques*, Leiden 1968 p. 296 lo controvertido del papel de los templos en las emisiones monetales. El caso de Pesinunte figura entre los ejemplos ciertos de acuñaciones efectuadas en los templos. La ocasión para ello la proporcionaban las panegyrias, ferias etc. celebradas con motivo de las fiestas religiosas sirviendo esta clase de numerario a efectos de cambio, de manera que los templos obtenían así un doble beneficio, el de la amonedación y el del cambio.

¹⁹ C. B. Welles, *Royal Correspondence in the hellenistic Period. A Study in Greek Epigraphy*, New Haven 1934, n° 55 ls. 3-4, 8-9 y 60 ls. 13-4.

Respecto a las relaciones con el poder político, parece que Pesinunte resultó perjudicada tras la regulación administrativa de todo el territorio efectuada como consecuencia de la instalación de los gálatas, pues, según Estrabón (XII 5, 1) Pesinunte quedó englobada en el *ethnos* gálata de los Tolistoagos y sometido, por tanto, a la jurisdicción de los tetrarcas gobernantes a los que presumiblemente debió pagar tributo²⁰. No obstante, no parece que dicha situación fuera duradera pues el clero buscó la protección de los Atálidas, dinastía que profesaba una antigua veneración por la diosa Madre, con cuyo culto aparecen ligados, dada su trascendencia cultural e incluso política, justamente valorada por los Atálidas²¹. De hecho, las relaciones entre éstos y el sumo sacerdote de Pesinunte se desarrollaban a nivel de igualdad²², lo que presupone la independencia de Pesinunte como un auténtico principado, concebido y permitido en calidad de estado tapón frente a la amenaza de los gálatas. La bondad de tales relaciones se materializó en la construcción de un *naos* y de pórticos de mármol, muestras de la filantropía y piedad de los reyes pergamenos²³.

Los templos de cultos y raigambre indígena hasta ahora mencionados basaban su riqueza sobre todo en la explotación de sus recursos agrícolas, pues es la posesión de grandes extensiones de tierra lo que les caracterizaba y les colocaba en una situación especial. El caso citado de Pesinunte ilustra a su vez sobre otra clase de recursos, los derivados de actividades comerciales, atestiguados también en otros centros como el de Comana Pónica, cuyo templo, en palabras de Estrabón, era el *emporion* para los productos procedentes de Armenia²⁴. Indudablemente, dada la escasa urbanización del interior anatólico, la función de los templos como lugares de intercambio se explica por sí sola, hecho en el que también influiría decisivamente su propia localización geográfica, potenciándose en virtud de una mayor o menor proximidad a los grandes ejes viarios²⁵. Además, como el geógrafo pónico señala en diferentes

²⁰ Los gálatas, ciertamente no fueron respetuosos en absoluto con el poder religioso, exigiendo siempre de los templos ubicados en territorios bajo su control los correspondientes tributos. No obstante, dado el prestigio de Pesinunte es lógico suponer que se intentara una vía negociada que diera satisfacción a sus exigencias y al propio tiempo no violentara demasiado las relaciones con este centro religioso. Para una más detallada exposición de todas estas cuestiones, con la discusión y cita de la bibliografía más destacada sobre ello, cf. L. Boffo, *I re hellenistici e i centri religiosi dell' Asia Minore*, Firenze 1985, p. 36 s.

²¹ M. J. Vermaseren, *Cybele and Attis. The myth and the Cult*, London 1977, 26.

²² El formulario utilizado en la correspondencia entre los reyes Atálidas y el sumo sacerdote de Pesinunte es el reservado habitualmente para personajes de igual rango (RC 58, l. 1).

²³ Strab. XII 5, 3.

²⁴ Strab. XII 3, 36.

²⁵ No pretendo citar de manera exhaustiva los datos al respecto, sino únicamente señalar esta función de centro comercial ejercido por los templos, sobradamente confirmada por las fuentes antiguas.

pasajes, las fiestas religiosas celebradas en tales santuarios constituían una excelente ocasión para la celebración de ferias de carácter comercial, aprovechando la congregación de personas que procedentes de toda la región e incluso de otras más alejadas, afluían allí para participar en las fiestas religiosas²⁶. Otras consideraciones, en las que ya intervienen los poderes políticos, como la concesión a templos determinados de la *asytia* y la *ateleia*, es decir, el derecho de asilo y la exención de impuestos debidos al rey por las transacciones comerciales, estimularía fuertemente la celebración de los susodichos mercados, cuya actividad repercutiría positivamente en la economía sagrada.

Sobre el desarrollo de otras actividades económicas en los recintos templarios mencionados hasta ahora, nuestra información es prácticamente nula, si bien ello no implica que no existieran. Como material comparativo que pueda proyectar algo de luz sobre esta cuestión, tan solo podemos acudir a la documentación existente para los templos egipcios contemporáneos²⁷ y aunque no es necesario insistir en la peculiaridad de Egipto, parece claro que los grandes templos minorasiáticos participaban de algunas de sus características. Por sus propias dimensiones, los centenares de personas consagradas a su servicio que explotaban y vivían de las propiedades de tales templos, unido todo ello a su aislamiento al tratarse normalmente de ámbitos escasamente urbanizados, constituirían unidades económicas prácticamente autosuficientes, -dentro del marco de una economía primitiva por tanto- donde se transformarían los productos producidos para dar cobertura a las propias necesidades, comercializándose los excedentes. En este contexto, la existencia de talleres de todo tipo es de sentido común y no necesita demasiada demostración.

Junto a estos templos importantes ya citados, existían otros de dimensiones más reducidas y más difíciles de conocer no sólo en lo relativo a su situación económica, sino a su papel y relevancia en términos generales. Enclavados en las regiones interiores de Anatolia, apenas tocadas por la helenización, las fuentes escritas no aportan ninguna información y sólo tenemos algunas escasas inscripciones de época imperial. Mención especial merece el grupo lidio, donde se recogen alusiones de aldeas, o *komai*, gobernadas o dominadas (*katechon*, *basi-*

²⁶ Ya he mencionado (cf. n. 13) que como beneficio subsidiario los templos efectuaban operaciones cambiarias, imprescindibles ante las dificultades originadas por la existencia de distintos patrones monetarios. En todo caso, y al menos en una época más antigua hemos de suponer que el intercambio en las regiones interiores de Anatolia sería una forma habitual de llevar a cabo operaciones comerciales.

²⁷ Pueden verse a título informativo las obras clásicas de Cl. Preaux, *L'économie royale des Lagides*, 1939 o la de M. Rostovtzeff, *HSEMH*, Madrid 1967.

leuon) por determinados dioses minorasiáticos, especialmente Men, con diferentes epítetos epicóricos o la Meter, Artemis Anaitis etc.²⁸.

Como nuestra información es tan exigua resulta difícil, desde luego, dar respuestas seguras. En todo caso, no parece que pueda hablarse de una auténtica propiedad de la aldea por los dioses en el sentido literal de la palabra, ni que los habitantes de tales poblados fueran hierodulos, por más que pudieran existir. Quiere decirse, por tanto que la función económica de tal grupo de templos se nos presenta como secundaria y mucho menos importante que la puramente religiosa. En efecto, como acertadamente señala Debord, lo que queda como elemento más manifiesto, más destacado, es la omnipresente fuerza o *dynamis* del dios y la disponibilidad de todos para su servicio (*hyperesía*), siempre y cuando la divinidad así lo requiriera. Por tanto, ésta domina la vida cotidiana de los susodichos enclaves, caracterizada e impregnada de una religiosidad vívidamente sentida por sus habitantes²⁹.

Las propiedades territoriales de los templos minorasiáticos, tanto orientales como occidentales, no siempre constituyen la continuación de una situación anterior, cuyos orígenes se pierden en el tiempo, sino que también podían sufrir alteraciones, esto es, aumentar o disminuir en virtud de circunstancias o procesos cuya evolución no nos es dado captar siempre en sus justos términos. Estamos así ante la tan debatida cuestión de la actitud del poder político, esto es, los reyes helenísticos frente al poder religioso y que no es posible aquí desarrollar. Baste decir que, de acuerdo con la documentación de que disponemos, la tendencia general era la de mostrarse bien dispuestos hacia los cultos y los templos autóctonos, sin renunciar por ello a ejercer un control directo y lo más eficaz posible, especialmente en lo relativo a aspectos fiscales³⁰, sobre el conjunto de su territorio³¹.

²⁸ Mucho se ha discutido sobre el carácter de este dominio ejercido por los dioses sobre las aldeas mencionadas en las inscripciones. Las opiniones se polarizan en torno a dos teorías extremas: una, la de aquellos que propugnan la existencia de una organización teocrática, extensiva o vigente para todas las aldeas de la región -así Ramsay, Zingerle- y la contraria que tiende a dar un valor meramente religioso a los citados términos. Cf. P. Debord, *Aspects sociaux* p. 165 ss. Menciona éste una diferencia importante respecto a los grandes templos mencionados anteriormente, a saber, que el sacerdocio de las divinidades lidias parece desempeñar un papel muy secundario y que incluso no se le menciona hasta muy tarde, apareciendo, sin embargo asociaciones culturales cuya composición y objetivos nos resultan totalmente desconocidos (así, por ejemplo, los *katalystikoi* de los epígrafes del s. II).

²⁹ Cf. nota anterior.

³⁰ Merece la pena aludir en este punto a las concesiones de *asylía* a templos y ciudades por los reyes helenísticos de que dan fe textos e inscripciones y que testimonian esa misma actitud positiva hacia ellos. Cf. en general, Schlesinger, *Die griechische asylie*, Diss. Giessen 1933. Cf. *infra* lo dicho a propósito de Apolonia Salbace.

³¹ Cf. la bibliografía citada hasta ahora, sobre todo P. Debord, *Aspects sociaux*, cap. V especialmente; L. Boffo, *I re hellenistici e i centri religiosi dell'Asia Minore, passim*, analiza

Esta misma manera de proceder se manifiesta de manera clara al examinar las relaciones habidas entre los templos ubicados en las regiones occidentales y las ciudades griegas en cuyo territorio estaban enclavados. Como atestiguan los datos relativos a Atenas o Epidauro, ya en el s. V, el creciente poderío económico de los santuarios impulsó a las ciudades a intervenir con sus magistrados en la administración de tales recursos, fenómeno acelerado por la propia aparición en las ciudades de magistrados especializados en cuestiones administrativas o financieras. Asistimos así a una progresiva desautorización de los sacerdotes en tales cuestiones en beneficio de los magistrados. Tal proceso se manifestó en Asia Menor con cierto retraso, manteniendo los sacerdotes sus prerrogativas intactas por más tiempo.

En cuanto a las condiciones económicas de los templos occidentales, las diferencias existentes con los orientales respecto a los tipos de propiedad, esto es tanto su extensión, como la diversificación de los bienes sagrados y los sistemas de acceso a la propiedad, son notorias³².

En primer lugar podemos aludir a la *hiera chora*, cuyas dimensiones eran mucho más reducidas que en los casos orientales. Aquí no hay menciones de hierodulos como población campesina de los territorios sagrados. Los que poseían tierras, éstas eran arrendadas a cambio del pago de unas cantidades o productos determinados. De todas formas, no podemos suponer un sistema uniforme de aplicación general por todos los templos de este ámbito. También aquí sería necesario examinar caso por caso, siempre y cuando hubiera testimonios suficientes para hacerlo.

Cabe señalar, no obstante, que en regiones occidentales como Misia o Caria se atestigua la coexistencia de distintos tipos de templos, unos más acordes con la tradición griega de las ciudades vecinas y otros, por el contrario, ligados a un modo de vida propio de las poblaciones aborígenes de aquellos lugares.

Así, por ejemplo, en la ciudad caria de Apolonia Salbace se constata, gracias a la documentación epigráfica publicada y estudiada por J. y L. Robert, la existencia de aldeas sagradas o *hierai komai*, diferenciadas de la ciudad, situadas en torno a santuarios indígenas independientes³³.

uno por uno todos los templos sobre los que se tiene información al respecto. Sobre la política de control Seleúcida, A. Lozano, "Los Seleúcidas y sus sistemas de control territorial", *Gerión* 1996 (en prensa).

³² Bien es verdad que la realidad histórica puede verse alterada por la documentación de que disponemos, pues nuestra información sobre los templos occidentales es mucho más variada que la relativa a los orientales. Ello puede llevarnos a considerar como característicos de los templos occidentales, rasgos que quizá se hubieran producido también en el caso de los orientales, pero de los que no tenemos conocimiento en absoluto por la tardía aparición en aquellas áreas de inscripciones que puedan parangonarse con las procedentes de las ciudades griegas.

³³ J. L. Robert, *La Carie II. Le plateau de Tabai et ses environs*, Paris 1954, p. 285, n° 166.

De su organización nada se dice, pero sí se nos habla en los epígrafes de un funcionario real encargado de su administración (*ho tetagmenos epi ton hieron*), aunque probablemente sólo en materia tributaria, lo cual es suficientemente explícito de la intervención del poder político, por más que en absoluto quede clara la naturaleza de sus relaciones con la vecina ciudad de Apolonia. El origen indígena de tales poblados está avalado por sus propios nombres³⁴. De su organización nada se dice, pero sí quedan claras las diferencias existentes entre ellas y la ciudad de Apollonia³⁵. Las pretensiones de ésta, sin embargo, en la medida que representaban un recorte a los antiguos derechos de las aldeas indígenas sagradas, serían origen de conflictos duraderos con ellas³⁶, renuentes a dejarse controlar por la ciudad, de acuerdo con la tendencia general de la época³⁷.

Un conflicto similar al de Apolonia lo encontramos planteado entre Milasa y Labraunda, cuyo templo, dedicado al Zeus local o Labraundos,

³⁴ J.-L. Robert, *La Carie II*, Paris 1954, p. 285, n° 166 y 167; comentario pp. 294 ss. Se definen las *hierai komai* como los Saleioi de la llanura y los Saleioi de la montaña. El nombre, según los autores, está relacionado o emparentado con el antropónimo licio *Salas*, atestiguado a través de varios ejemplos y del cual derivan una serie de topónimos en los valles del Meandro y del Caistro. Su naturaleza de poblados indígenas está confirmado por las monedas de la región que, a excepción de las de Apolonia, representan a divinidades autóctonas.

³⁵ La propia fundación de Apolonia tuvo como objetivo el control de todo este territorio de carácter eminentemente teocrático. Consideraciones de tipo geográfico o las relativas a la ausencia de efigies divinas autóctonas en las acuñaciones de Apolonia apuntan hacia esa idea. Cf. J. L. Robert, *La Carie II* y su comentario a la inscripción n° 166. La idea aparece recogida y ampliada por P. Debord, *Aspects sociaux et économiques*, p. 144. Los documentos corresponden al reinado de Antíoco III.

Este objetivo no conllevaría la confiscación de las propiedades sagradas, de lo que no hay ni rastro, ni su adjudicación a Apolonia, puesto que no forman parte de la ciudad ni de su territorio, sino significaría únicamente su inclusión en el engranaje administrativo, sometiéndolas al poder de los correspondientes funcionarios. Véanse igualmente mis comentarios sobre esta cuestión en A. Lozano, "Los Seleúcidas y sus sistemas de control territorial", *Gerión* 1996 (en prensa).

³⁶ Cf. A. Lozano, *La esclavitud en Asia Menor helenística*, p. 208 s. En ese capítulo se aportan otros testimonios de situaciones de inconformismo y protesta por parte de las poblaciones indígenas en el territorio minorasiático.

³⁷ Que se trataba de una situación legalmente complicada es evidente y los editores de los epígrafes así lo reconocen: J.- L. Robert, *La Carie II*, p. 297. En efecto, las aldeas sagradas están ligadas a la ciudad pero por otra parte Apolonia depende de los funcionarios seleúcidas, pues, en la disputa sobre el destinatario de determinados ingresos, quien debe resolver es el *eglogistés*. Naturalmente una consecuencia directa de este control incidía en aspectos de tipo fiscal, como se deduce del hecho que la disputa entre las *hierai komai* y la ciudad se planteara ante un funcionario real, el *eglogistés*, encargado del control de los impuestos.

Por otro lado, el momento de redacción de la inscripción era especialmente crítico: se deliberaba en Rodas sobre el estatuto de Apolonia y su territorio. Posiblemente los *egchorioi* de que habla el epígrafe considerarían esta circunstancia positiva para sus intereses, a saber, liberarse de la tutela de los apoloniatas, -y de los Seleúcidas-, prefiriendo pasar a estar bajo hegemonía rodia, siempre más débil tanto por su lejanía geográfica, como por la trayectoria histórica de dicha ciudad.

era propietario desde antiguo de tierra sagrada, como explícitamente se atestigua en las inscripciones³⁸. Por otro epígrafe, sabemos que uno de sus sacerdotes conocidos del s. III a. J. presentó gran resistencia a ser controlado por la vecina ciudad de Milasa³⁹, lo cual evidencia dos cosas: que el templo y su sacerdocio estaban perdiendo su independencia, con la consiguiente resistencia de los sacerdotes y que, paralelamente, la ciudad, el poder cívico, se estaba fortaleciendo hasta el punto de encontrarse en situación de poder intervenir en la administración del santuario. Se asiste, por tanto, al proceso ya iniciado de incorporación de un santuario indígena⁴⁰, con propiedades importantes en la etapa anterior, es decir, preseleúcida, a la ciudad en cuyas proximidades estaba ubicado.

A propósito de Milasa y Olimo, también en Caria, contamos con una clase particular de información que ilustra algunas de las formas mediante las que podían modificarse la cuantía de las propiedades territoriales de los templos. Me refiero al traspaso de parcelas de tierra de propiedad particular a los dioses o a los templos, así como el arriendo de tierras poseídas por los templos o la compra de otras nuevas. Los dioses relacionados con toda esta clase de operaciones, ligadas a la *hiera chora*, son Zeus Labraundos, Apolo y Artemis, Zeus Osogó, Afrodita etc.⁴¹.

Una de las facetas que mejor ilustran la función económica desempeñada por los templos, es la banca. Durante época helenística, Asia Menor conoció una expansión de dicha actividad como consecuencia de la expansión griega hacia Oriente tras las conquistas de Alejandro Magno. Sin embargo, noticias seguras respecto a la actuación de los templos en calidad de bancos no son en exceso numerosas y desde luego se circunscriben a las ciudades griegas del litoral⁴². El centro más famoso era sin duda el Artemisión de Éfeso, en su calidad fundamentalmente de lugar de depósito, como afirman numerosos autores al alabar la seguridad y honestidad del recinto. Por el contrario, resulta lla-

³⁸ Cf. J. Crampa, *Labraunda, Swedish Excavations and Researches*, vol. III, Part 1, *The Greek Inscriptions*, Lund 1969; Part 2, *The Greek Inscriptions*, núms. 13-133, Stockholm 1972. La ins. n.º 1 habla de "*hiera chora tes proteron dioikoumenes*".

³⁹ J. Crampa, *Labraunda* insc. n.º 5

⁴⁰ Los nombres de los sacerdotes mencionados en las inscripciones, sobre todo son Korris, Ouliades y Hekatomnos, atestiguan sin lugar a dudas su situación, ajena hasta el s. III al proceso de helenización. Cf. L. Robert, *Noms indigènes dans l'Asie Mineure gréco-romaine*, Paris 1963; L. Zgusta, *Kleinasiatische Personennamen*, 1964.

⁴¹ Una relación de testimonios está recogida por P. Debord, *Aspects sociaux*, app. IV p. 178 ss.

⁴² Los testimonios minorasiáticos están compilados en la conocida obra de R. S. Bogaert, *Banques et banquiers*, pp. 237 ss. Son los siguientes: los templos de Atenea en Ilión y Priene, el de Artemis en Sardes, el de Apolo y Artemis en Olymos, el de Apolo, Atenea y Parthenos en Halicarnaso. También en Caunos (Caria) y Solos (Cilicia) se conocen operaciones bancarias, que en el último caso se harían en el templo de Asclepio.

mativa su ausencia de una ciudad tan importante como Mileto y el célebre templo de Apolo en Dídima.

Las operaciones realizadas eran de diferente clase. La función más antigua corresponde a los depósitos, es decir, la custodia de objetos valiosos confiada a los recintos sacros por la seguridad que ofrecían para ello, tanto material-las propias instalaciones-, como moral, determinada por la inviolabilidad de los templos y la confianza inspirada por los administradores de los bienes de los dioses. Este papel de los templos como depósitos, habida cuenta de la inseguridad existente, al menos en determinados períodos en los que bandidos y piratas campaban por su respeto- no puede en absoluto minimizarse -sobre todo si se cae en la tentación de compararlo con otras operaciones más fructíferas o especulativas-, pues en una economía de bajo rendimiento la conservación de los productos era de gran importancia. El efecto positivo que para la buena marcha de la economía tiene la seguridad es casi una obviedad, pues sólo bajo esa sensación son posibles las inversiones productivas. Los beneficios de ello obtenidos por los templos no suelen especificarse, pero, sin duda, serían objeto de acuerdo entre ambas partes. En el caso de que los depositantes no estuvieran obligados al pago de intereses en sentido estricto, sí contraerían determinados deberes, esperándose de ellos muestras de generosidad hacia con los templos. Por lo demás, esta función de depositarios no está atestiguada para todos los templos-banco. El más famoso en este terreno era el Artemisión de Éfeso.

En cuanto a las operaciones de carácter crediticio, los préstamos se hacían con interés, inferior normalmente al cobrado por banqueros y particulares, y bajo ciertas garantías, como la hipoteca de los bienes del acreedor, con objeto de reducir riesgos. La fecha de devolución se acordaba entre ambas partes.

También los aspectos cambiarios figuran entre los más antiguos de los asumidos por los templos-banco. La coexistencia de diferentes patrones monetarios hacía necesaria esta función, que posibilitaba y agilizaba los intercambios comerciales sobre todo en ocasión de grandes mercados o ferias. De este conjunto de operaciones se derivarían grandes ingresos para los templos que se unirían a los proporcionados por otro tipo de propiedades⁴³.

En este sentido, son también los templos occidentales los que nos ofrecen una mayor información sobre el abanico de posibilidades existente. Aunque, de acuerdo con lo visto, la tierra constituía una forma de propiedad esencial, había otras como, por ejemplo, las salinas poseídas por el templo de Artemis efesia, o bosques etc. que en ocasiones aparecen citadas por nuestras fuentes.

⁴³ Para el funcionamiento de los bancos, cf. R. S. Bogaert, *Banques et banquiers*, pp. 281 ss.

Pero, además de todo lo dicho, los templos contaban con otras fuentes de ingresos, derivadas de su calidad de centros religiosos. Ya el propio acceso a cargos sacerdotales, muy variable de unas ciudades a otras, constituía una ocasión de la que las arcas sagradas resultaban beneficiadas. De acuerdo con el testimonio aportado fundamentalmente por las inscripciones relativas a los templos occidentales de Asia Menor, existía una costumbre extendida y característica de esta región del mundo antiguo: la venta de los sacerdocios, cuya práctica conoció un notabilísimo incremento a partir del s. III a. J. Su precio oscilaba en función de la clase de sacerdocio, duración e importancia, habida cuenta que el desempeño de cargos sacerdotales propiciaba la disposición sobre recursos que, en ocasiones, podían ser muy importantes⁴⁴.

Aparte de estas ventas, los sacerdocios eran cargos de prestigio y como tales codiciados por sectores y miembros de la sociedad deseosos de asumir tal situación. No existían fórmulas uniformes de aplicación global en todo el territorio minorasiático, sino que cada ciudad desarrolló mecanismos propios para ello. Una de las atestiguadas era, por ejemplo, la *epaggelía*, esto es, la presentación previa de una especie de candidatura para el desempeño del sacerdocio en Panamara o Lagina en Estratonicea⁴⁵. En todo caso, al asumir el cargo, los sacerdotes solían dar muestras de su generosidad de las que se beneficiaban tanto los templos como los participantes en los cultos.

Respecto a otros ingresos adscritos a los templos, P. Debord hace un repaso de todos aquellos de los que tenemos algún dato, por lo cual remito a su obra para una más amplia información⁴⁶. Lo más notable está constituido por las ofrendas, cuyas motivaciones y cuantía pueden variar enormemente, las distintas tasas cobradas, entre ellas las de los sacrificios, las colectas, multas, etc. En este capítulo merecen una mención especial las fundaciones, consistentes por lo general en la dotación realizada bien por un ciudadano rico o por algún monarca de bienes inmuebles, esto es tierras, y muebles, cuyo rendimiento se consagraba a sufragar los gastos inherentes a algún culto determinado o se aplicaba a la realización de alguna obra concreta. Quizá el caso más conocido sea la fundación realizada por Antíoco I de Comagene en el s. I a. J., encaminada a asegurar tanto su propio culto como el de sus antepasados y cuyas connotaciones resultan sumamente ilustrativas por cuanto

⁴⁴ Existen algunas obras antiguas sobre esta costumbre de las ventas de sacerdocios. Así la de E. Heller, *De Cariae Lydiaeque sacerdotibus*, *Jahrbuch für Class. Philol.* Suppl. XVIII 1892, p. 225 ss.; H. Herbrecht, *De sacerdotii apud Graecos emptione venditione*, Diss. Strasbourg 1885. La documentación epigráfica más interesante es la provista por Erythras. Cf. texto y comentario, H. Engelmann- R. Merkelbach, *Inschriften von Erythrai*.

⁴⁵ La única obra que ofrece una visión de conjunto de esta cuestión es la de A. Laumonier, *Les cultes indigènes en Carie*, 1958.

⁴⁶ P. Debord, *Aspects sociaux*, p. 193 ss.

nos informan del sincretismo religioso de carácter greco-persa llevado a cabo en aquel territorio⁴⁷.

Naturalmente, los templos también tenían que afrontar gastos, para lo cual contaban con esa multiplicidad de ingresos ya mencionados. Uno de los capítulos más costosos era, sin duda, el de las construcciones, signo externo fundamental que contribuía decididamente a prestigiar el culto al que daba cobijo. Por esta razón, encontramos que, a veces, personalidades importantes de la política, así, por ejemplo, los propios reyes y más tarde los emperadores romanos, pero también ciudadanos de fortuna, ejercían funciones de mecenazgo costeando operaciones edilicias de envergadura, realizados como actos de piedad hacia las divinidades pero también y fundamentalmente con fines propagandísticos. De no ser así, las obras debían ser costeadas por los templos⁴⁸. El desembolso de los enormes gastos que conllevaban las edificaciones y ornamentación de los recintos sacros -no sólo el propio templo, sino el conjunto de edificios necesarios en función del número de fieles que debían ser acogidos y albergados, así como las celebraciones que se realizaran en ellos- sería posible en buena medida gracias a esa disposición sobre tesoros depositados en algunos templos, tanto sagrados como públicos, que hemos comentado más arriba. Tampoco en esto puede verse una norma de aplicación general, puesto que no todos los templos tenían, como se ha visto, la función de depositantes. En cualquier caso, para llevar a cabo dicha tarea los templos debieron no sólo emplear a obreros y artistas de toda clase, sino comprar y consumir materiales de lujo, mármoles, metales etc., contribuyendo por esta vía al desarrollo de las zonas en que estaban enclavados.

Entre los gastos, han de contarse también los inherentes a los actos culturales propiamente dichos, desde, por ejemplo, los sacrificios hasta el aceite para las lámparas, pero además era necesario subvenir al mantenimiento del personal subalterno al servicio del templo.

De todas formas, habida cuenta del estado de nuestra documentación, no es posible cuantificar dichos costos, ni siquiera establecer una relación, una proporción entre ingresos y gastos, aunque la impresión

⁴⁷ Cf. H. Dörrie, *Der Königs kult des Antiochos von Kommagene im Lichte neuer Inschriften-Funde* 1964; H. Waldmann, *Die kommagenischen Kultreformen unter König Mithridates I Kallinikos und seinem Sohn Antiochos I*, I, 1973. Un comentario a las inscripciones, cf. A. Lozano, "Asia Menor en época helenístico-romana. Panorama religioso", en *Cristianismo primitivo y religiones místicas*, Madrid 1995, cap. VI, p. 149 ss.

⁴⁸ Tales acciones constituían una de las facetas de ese evergetismo tan característico de las ciudades griegas, nacido en el s. IV a. J. y que alcanzó su máximo florecimiento durante el Alto Imperio romano. Obra clave para su estudio es la debida a P. Veyne, *Le Pain et le Cirque*, 1976 cuya perspectiva es más bien sociológica que histórica. De necesaria lectura me parecen también entre otras: F. Gschnitzer, "Proxenia", *RE Supp.* XIII; Chr. Marek, *Die Proxenie* 1984; Ph. Gauthier, *Les cités grecques et leurs bienfaiteurs*, 1985; Fr. Quaß, *Die Honorationenschicht in den Städten des griechischen Ostens* 1993.

que parece desprenderse de nuestros documentos es que los primeros superaban los segundos, por lo menos en el caso de los templos famosos. Otra cosa serían los pequeños, aquellos de culto estrictamente local y que, por ello, no podían beneficiarse de grandes gestos de generosidad de personajes ricos y poderosos, sino únicamente con las muestras de piedad ofrecidas por sus fieles, miembros de unas comunidades de vida precaria.